

Tierra y Libertad

Numero suelto: 10 cts.

Redacción y administración: Calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquete de 30 ejemplares 2'00 pts.
Suscripción: España, un trimestre. 2'00 .
Extranjero 3'00 .

Justificación de la revolución rusa

Para justificar el carácter de la revolución rusa, no hemos de valerlos, como motivo, de la guerra actual que tantos millones de vidas humanas cuesta y en cuya contribución el pueblo ruso ha sido pródigo en demasía.

No; la guerra no ha sido más que la gota de agua que ha provocado el desbordamiento del vaso, llenado, por muchos siglos de tiranía y opresión, de inicuas explotaciones y atroces injusticias.

Si la guerra sólo hubiese sido el motivo de la revolución rusa, se hubiera concretado en destronar y abolir el zarismo para libremente concertar la paz con los imperios centrales. Pero la revolución no se ha detenido ahí. Al destronamiento del zar, siguió la caída de Kerenski que iba a cimentar una república que seguía la misma arquitectura social del antiguo régimen, y a la caída de Kerenski siguió la revolución constructiva, empezando la obra de una nueva organización social basada en la igualdad y en la justicia.

Y en esto está la justificación de la revolución rusa, como en esto se justificará también la revolución en los demás países llamados civilizados, constituyendo en conjunto una sola revolución cuyo germen está en todas partes, porque en todas ellas se sufren las mismas tiranías, las mismas iniquidades, las mismas injusticias.

Hay ya ninguna revolución puede efectuarse sin adquirir un carácter de transformación social profunda que, cuando menos, empezará por el máximo de las reivindicaciones socialistas.

Y de ahí la victoria del maximalismo ruso en la actual revolución. No en vano los pueblos, aun los más atrasados políticamente, están saturados de las redentoras ideas socialista-anarquistas cuya implantación social ha de poner término al actual dolor humano acabando con las causas de los males hoy existentes.

Y el principal de estos males es la propiedad privada de los bienes de la naturaleza, y los del trabajo producidos por todos los desheredados de la riqueza precisamente por ellos producida.

De ahí que la revolución maximalista haya empezado por abolir esta inicua propiedad, convirtiéndola en común y colectiva.

De los tres males capitales, *Propiedad, Estado y Religión*, el más importante es la Propiedad; pues si bien la Religión representa la razón extraviada y el Estado determina la esclavitud con su tiranía, la Propiedad es más transcendental, porque ataca directamente nuestra existencia.

Efectivamente, ella integra la economía doméstica y social, la satisfacción de las necesidades individuales y colectivas, el trabajo, la producción, el consumo, el cambio, la riqueza toda.

La estricta honradez y la sana lógica obligan a rechazar todo derecho de apropiación particular de las cosas naturales como el suelo, el subsuelo y cuanto de naturaleza sea, por la sencilla razón de que *nadie lo ha creado*, y en justicia nadie

debe adueñarse de lo que no ha hecho ni es suyo. Además los elementos naturales son absolutamente indispensables a todos para nuestra existencia; de ellos depende nuestra vida, con ellos está enlazada; nuestra madre común es la tierra, y ella nos ofrece sus grandes recursos para la completa satisfacción de nuestras necesidades, sin privilegios ni primacías para nadie.

La propiedad privada, pues, constituye un robo al patrimonio de todos los que trabajan y son desposeídos, a los cuales se atenta contra su vida, porque se les arrebatan los elementos necesarios a su existencia.

Por esto la revolución rusa, al devolver la tierra a los campesinos, a los que la trabajan, ha hecho un acto de tan estricta justicia, que con ello sólo se justifica plenamente. Pero aun hay más:

Lo mismo que de la tierra puede decirse de otras cosas, por ejemplo: casas y habitaciones. ¿Es que hay quien para nada necesita habitaciones y quien por el contrario necesita muchas casas a la vez para albergar su cuerpo? No será así, cuando las casas sobrantes de los poseedores son habitadas, *previo pago de un alquiler oneroso*, por los desposeídos y explotados, que han de satisfacer a su mismo explotador el pago del permiso para albergarse en ellas, con la agravante más de que, si por cualquier causa no pueden dar cumplimiento a lo estipulado, son *condenados como estafadores* o arrojados en medio de la calle, quedando sin hogar, mientras la habitación permanece deshabitada, puesto que su dueño *no la necesita* para habitarla.

Y esta propiedad odiosa, también ha sido abolida por la revolución rusa, como así la de las fábricas y talleres, que para los obreros de la industria representan lo que la tierra para los obreros de la agricultura.

Y por esto es justificadísima la revolución rusa. Lo era ya al manifestarse contra la guerra provocada por los tiranos de Europa destronando al suyo propio, dando con ello el ejemplo a seguir por los demás pueblos de las otras naciones en guerra. Pero su justificación es más relevante aún y adquiere el dictado de gloriosa, por haber sido la primera que ha ido directa y prácticamente contra la inicua propiedad privada, dando principio a la organización de la sociedad nueva basada en la igualdad social.

La revolución rusa es el verdadero punto de partida para la salvación del mundo humano que se degenera en la abyección, cuya principal causa es la propiedad privada de los bienes de la naturaleza y del trabajo, de la que dimanar todos los males sociales, pues ella es la base que sostiene todas las iniquidades existentes y sin la cual caerán por sí solas el día que los productores de la riqueza social, que por más sarcasmo son los desposeídos de todo, se decidan a poner las cosas en orden, como en Rusia, inspirados en sentimientos de amor y de justicia.

Ambiente sanchopancesco

Por mucho que escribamos en contra de las cosas que ahora predominan en el ambiente, nunca diremos bastante. Debe ser aún más dura la crítica que hacemos de tanta vulgaridad, de mediocridad tanta... Si nos descuidamos, si un momento pasamos por alto cualquiera causa de las que se han originado al choque de ese desborde de pasiones que impera en el mundo, nos ahogará la ola de insanias, de groserías, de vulgaridades que se extiende triunfante por toda la tierra.

Conviene, por tanto, que nuestra labor sea cada vez más intensa, procurando que se imponga a la bajeza y ruindad del ambiente, en el cual, el más grosero positivismo a lo Sancho Panza, finca y hace prosélitos entre los hombres.

Los discípulos de Cortadillo y Rinconete; toda esa taifa de mercaderes, acaparadores y capitalistas que se han adueñado de todo, ciscándose en los derechos, pobres, pequeños derechos de la multitud, justifican sus ganancias y rapiñas con lógica basada en los principios positivos del escudero de don Quijote.

Todas las maldades, todas las imperfecciones y desaciertos que actualmente se desarrollan, encuentran justificación parecida, cuando no idéntica.

El espíritu, la lógica sanchopancesca, es, pues, la que regula y dirige los acontecimientos de este momento que pasa.

Se respira ese espíritu en todos los actos de los hombres; se advierte esa lógica en las justificaciones que estudian para sus actos.

Nos ahogará, nos arrollará el ambiente, si no sabemos, altivos, imponernos a él, y proclamar, a pesar de su bajeza, la elevación de las finalidades que perseguimos.

El triunfo de los aprovechados discipu-

los de Cortadillo no puede continuar. No es posible que los mercaderes de toda especie sigan imponiendo a la mayoría sus vulgaridades de burgueses orondos; la grosería de su positivismo feo, bajo y ruin; las concepciones ramplonas que les sugiere su hartura y la mediocre lógica aprendida a fuer de querer justificar sus engaños, de los que sale perjudicada la mayoría.

Hay que arremeter contra tantos follones y malandrines, gallofos de gran escala cuya miseria moral puede mancharnos a todos.

Si el ambiente es sanchopancesco, rompamos lanzas para que brille, a las veces, el generoso idealismo, tan bello y tan elevado de Alonso Quijano, el bueno, el loco, que se rebela frente a todas las bellequerías; que se muestra descontento y pronto al combate ante las injusticias y desaciertos de los que mandan.

El respeto a las cosas establecidas no es propio de hombres que se precien de tener un valor moral. El callar cuando cada día alcanza una victoria la bajeza, o la ruindad de las pobres gentes vulgares, que tienen en sus manos los destinos de los pueblos, demuestra que nos vamos adaptando al ambiente, regido por las máximas de Sancho Panza que tanto desesperaban al idealismo de D. Quijote.

Nos preocupamos mucho del brillo, de las filigranas, de las pequeñas vanidades que halagan nuestro amor propio. El fondo de las cuestiones está a menudo olvidado. El caso es llamar algo la atención en el ambiente, aunque para ello sea preciso sacrificarle alguna convicción. Poco a poco nos vamos confundiendo, y ya casi no somos la nota discordante, en este concierto del mundo viejo que pretende remozarse. Apenas se advierte aquella ráfaga de idealidad que un día sembraron en la tierra los que nos precedieron en la

tarea de plantar nuevas ideas, contrapuestas a todas las existentes.

¿Acaso nos vamos adaptando? ¿O es que nos hemos agotado?

Lo cierto de ello es que los mercachifles de ideales ya fracasados, van subiendo, van encaramándose a costa del silencio que nos invade, de este dejar hacer que de algún tiempo a esta parte se nota entre nosotros.

Es también cierto que la vulgaridad, que antes fincaba sólo en los yermos campos de los viejos partidos, va entrando también en nuestras siempre florecientes y rebeldes modalidades.

Sancho Panza tenía para cada desacierto, para cada fracaso, para cualquier acontecimiento inesperado, un refrán. Nosotros, en los mismos y para idénticos casos, tenemos un tópico, más o menos brillante, más o menos manoseado...

¿Es que el espíritu del grosero Sancho, repleto de sentido común, en términos vulgares, va invadiéndonos también a nosotros?

Si así fuera haríamos bien en renunciar a toda labor. Si no hemos de hacerla al margen de todos; si no ha de ir en contra de todo lo que fué, de todo lo que es, maldito si vale la pena de hacerla.

Hay que volver por la pureza y elevación de nuestros principios, que no han de menester que nadie los eleve, pues que ellos por sí solos son la máxima elevación. Con tal que nosotros nos mantengamos a la altura que para sostenerlos es precisa, estaremos ya frente a todo lo establecido.

Nada de adaptaciones con lo que es; nada de que tome forma entre nosotros la vida tranquila de esperar a que los acontecimientos transcurran por sí solos, sin una crítica altamente moral, con vistas al futuro; nada de vulgarizarnos, de que en manera alguna la mediocridad ambiente eche raíces en nuestro campo. Nuestro ideal, dados sus orígenes, su desarrollo, sus finalidades, está en el extremo opuesto o todos los ideales existentes. Urge señalar siempre esta distancia.

Hay que expulsar de nuestro alrededor el espíritu, la lógica, el sentido común, los tópicos a lo Sancho Panza.

Hay que acabar con todos los mercados, con todos los Rinconetes y Cortadillos. Perderíamos, si no, la partida empuñada.

Y si en verdad somos los herederos directos de Alonso Quijano, habremos de emprender la esforzada lucha contra todos los malandrines: allí donde haya una injusticia, una desigualdad, un dolor social, ha de sentirse nuestra airada protesta, y como el bueno de D. Quijote arremetía contra los molinos de viento, así habremos de arremeter nosotros frente a los causantes del mal. Rompiendo lanzas en pro del porvenir. Es preciso emancipar a la Humanidad.

El Estado, la Propiedad y las Leyes la tienen dolorida y maltrata. Es, pues, contra estas tres fuerzas que los anarquistas han de esgrimir sus armas. El cerebro es la principal de todas. Aguzar el pensamiento los que vais al futuro. Llegaremos más pronto.

Pero si continuamos así, si nos confundimos con los demás, estéril será nuestro esfuerzo, nuestra labor infecunda. Que termine la vulgaridad y la indeci-

sión es urgente; que acabe esta agotadora calma y que nazca una inquietud generadora es de todo punto necesario.

Don Quijote decía que el hallazgo que tuvieron era un yelmo. Sancho aseguraba que una bacía. No sé que escritor ha dicho después que debería llamarse un baciuelmo. Es decir, ni una cosa ni otra. Los Sanchos de ahora quedan perplejos, los Quijotes indecisos, y entonces, triunfa la vulgaridad.

Porque ante esta paradoja, buscándole nosotros una explicación lógica y estudiando, asimilando a esa explicación nuestra actitud actual, ante la labor que en el presente nos está encomendada; obser-

vando la influencia de Sancho Panza entre nosotros, y lo que tenemos de Quijotes, obtenemos este resultado. Ni somos yelmos ni bacías.

Actuamos como baciuelmos. Indecisos, confundidos, ni somos una cosa ni otra. Porque, simbólicamente, encierra esa cuestión un hondo problema. El yelmo es ideal; la bacía es la vulgaridad ambiente. Adaptarse a las dos concepciones, ser baciuelmos, estar aquí y allá, es en realidad de verdad no ser nada.

A ese paso vamos. ¿Sabremos reaccionar?

DIONYSIOS

Campaña nacional del proletariado

Por la libertad de los presos

La voz de la víctima que clamo justicia

A vosotros, ciudadanos, representantes de la viva España que lucha por su libertad política social:

Si a vosotros nos dirigimos es para que recordéis una vez más las víctimas de Cullera del año 1911.

Seis años que alejados de nuestra cuna natal, encerrados en la mansión del delincuente, esperamos que vuestros cerebros piensen el cómo nos podéis devolver una libertad que perdimos en aras de una defensa, propia, lógica y justiciera.

Todos convergéis en que cometieron una monstruosidad con nosotros; todos cuando os hemos dirigido una carta, habéis contestado afirmativamente que teníamos razón, y no obstante, se han sucedido amnistías y más amnistías, sin que ni uno solo de la causa de Cullera haya podido abandonar esta tierra cántabra, nostálgica, donde nos hace pensar cada vez que nuestros ojos lánguidos se posan a mirar el cielo cumulo, la playa hermosa de Levante, el sol que tapiza de un color sonrosado la inmensidad de un mar bravo, donde sus olas acarician el sentimiento del corazón de nuestra llorada madre; el corazón de nuestra afligida compañera y el fruto de nuestro amado hijo que, harapiento, clama la ausencia del autor de sus días que quizás no lo verá jamás...

Si; presagiamos a la contemplación de un cielo obscuro, de un ambiente monótono, la peregrinación de nuestras infaustas familias febles que en lontananza se nos aparecen con la corola de la flor marchita que vienen a depositarla sobre ese valle triste y melancólico, donde se levanta la fita que sirve de losa a uno de los que perdimos para darle el último ósculo, levantándose esa fita, ese beso, como remate al panteón que encerrará bajo tierra húmeda las víctimas de toda una etapa gubernamental, como oprobio a los que firmaron nuestras infames condenas, y vergüenza de un país que deja morir a sus hijos en el rincón de la enfermería de un presidio, por el solo hecho de defender la encarnación de una justicia hollada por sus apócrifos defensores.

Ha llegado el momento de que os acor-

déis de las víctimas, sin distinción de ideas, sin distinción de clases, de aquellas víctimas que yacen en los presidios de Santoña y Figueras, los que un día fueron sentenciados a purgar, no un delito, sino el ensañamiento de unos impostores que, escudados con el manto de la diosa timocracia engañaron y falsearon la verdad.

Estáis pidiendo ahora una amnistía, estáis formando mitines y manifestaciones con los mismos procedimientos de siempre ante los poderes constituidos de una monarquía.

¿Lo conseguiréis? ¿Nos tenéis presentes?

¿Caso de conseguirla, dejareis relegados al olvido como otras dadas a los hijos productores de Cullera? Creemos que no.

Si en vuestros corazones se alberga la llama del sacro fuego que recuerda la paz del hogar, origen de la formación de la sociedad y estrecha con el vínculo del amor los corazones, con hechos nos demostraremos que la última esperanza que nos ilumina, cual es la amnistía, no nos defraudará nuestro pensamiento, cumpliendo así vosotros el pacto que sellastes inmente con esos derechos del hombre que la revolución francesa defendió y decretó como gloria de la razón humana.

Prisión de Estado.—Santoña Diciembre de 1917.

Firmado por Federico Ausina, Bautista Ibor, Silvestre Sapina, Nemesio Jover, Francisco Colubi, José Crespo y Vicente Bou.

UNA OPINION DIGNA DE SER ACEPTADA

A todos aquellos compañeros que sufren en las inquisitoriales mazmorras españolas el peso de la ley impuesta por el solo hecho de haber intentado defender los sacrosantos derechos del proletariado.

Compañeros: desde el tenebroso encierro de la prisión de Huelva, os saludo a todos, al mismo tiempo que doy mi grito estentóreo de jabajo los tiranos de la tierra!

Sabido es de todo el elemento obrero,

INVIERNO



Uno de los efectos de la propiedad privada